

disciplina esencial para el conocimiento de esa vida de las palabras, algo que está en la misma raíz del hombre, de sus anhelos y de sus concreaciones espirituales.— *Vicente Mengod.*



<https://doi.org/10.29393/At357-53PLRL10053>

“EL PENSAMIENTO DE LASTARRIA”, por *Luis Oyarzún* (Editorial Jurídica de Chile, 1953)

El ensayismo hispanoamericano se ha robustecido extraordinariamente en los últimos años. Nuestro país no ha constituido una excepción en el fenómeno intelectual revelado por su desarrollo. Sin embargo, son escasos los estudios consagrados a José Victorino Lastarria en su doble aspecto de hombre de letras y pensador liberal. Con motivo del centenario del denominado movimiento literario de 1842 algo se hizo por reactualizar su discutida y egregia figura; pero se prefirió entonces rastrear en el significado de su mensaje precursor en un instante de promisoria inquietud creadora.

No es Lastarria de esos escritores que han penetrado hondamente en la psiquis colectiva de su pueblo. Ni se le ha utilizado en calidad de mito nacional, como ha sucedido en Cuba con José Martí, ni tiene el arraigo del pensamiento improvisador de Sarmiento o el dinamismo resentido de González Prada, que anticipó un diagnóstico de los males de su patria.

Ni siquiera poseemos una versión accesible de sus capitales producciones. Una edición oficial, hace tiempo agotada, y unos cuantos trabajos dispersos recopilados sin método, alejan sus mejores páginas de las mentes actuales.

A este infortunio habría que agregar la pobreza interpretativa respecto al ideario del autor de las *Lecciones de Política Positiva*. El estudio de Alejandro Fuenzalida Grandón es un manantial precioso de noticias a lo que habría que añadir la fina evocación de Augusto Orrego Luco y el reconstructivo esfuerzo de Sady Zañartu. En cambio, afuera de Chile, José Gaos y Leopoldo Zea, entre otros, han

escudriñado muchos de los puntos esenciales de su vigoroso entendimiento.

Recientemente la Editorial Jurídica de Chile ha dado a luz un ensayo del profesor universitario y escritor Luis Oyarzún, que coloca la exégesis de Lastarria en un punto de vista diverso. Reúne Oyarzún diversas calidades raras: don de síntesis, claridad expresiva, energía dialéctica para razonar y una cultura amplia y bien digerida. No agota, a pesar de lo dicho, las fuentes críticas de Lastarria y se queda corto en el análisis de algunas de sus particularísimas maneras de mirar la realidad americana.

Con todo, el admirable esfuerzo revelado por Oyarzún servirá, en adelante, para capitalizar lo vivo y lo muerto del vasto mundo mental de don José Victorino. Empieza su denso libro con la comprobación de que Lastarria "no era sino un político comprometido en las faenas del pensamiento".

Duro fué el trance en que se vió obligado a actuar un individuo que, como casi todos los de su generación, halló muy poco que recoger de la herencia cultural de la Colonia. No hubo en Chile tradición filosófica, como en México y aún como en Cuba, donde surgieron, a fines del siglo XVIII, diversas expresiones del cansancio producido por un escolasticismo agotado e incapaz de suscitar orientaciones a la juventud estudiosa. En nuestro país el campo especulativo, durante los siglos de la dominación española, se nutrió en la teología y la jurisprudencia, con mínima curiosidad por lo axiológico.

Lastarria tuvo que elaborar sus doctrinas en cierta soledad creadora y saltando vallas que levantaba un medio hostil o indiferente. Lo mismo que los demás intelectuales de su época compartió el oficio de escritor con las más tremendas responsabilidades políticas. Muchos de sus diagnósticos todavía sirven para penetrar en el subsuelo nacional. Es justo lo que apunta Oyarzún cuando expresa que recogió ideas de donde pudo, sin preocuparse demasiado de criticarlas ni esclarecerlas. No obstante lo dicho, el resultado de sus desvelos parece considerable, por más que no siempre posea validez en estos días.

No subraya lo suficiente Oyarzún un aspecto negativo de la

formación de Lastarria, que hemos destacado antes: su absurdo neoclasicismo que le recortó las alas creadoras. Al revisarse las fuentes literarias en que abrevó el gran escritor, se puede consignar su limitación. Lo neoclásico convivía con lo romántico y, a veces, frustraba sus realizaciones. Del siglo XVIII tomó Lastarria un aire seco, dogmático y sus insoportables alegorías que deterioran la fachada de sus relatos intencionados. Lo mismo que en la España de esa centuria emergió un instante de dirección metódica, y otro de asimilación, un poco mecánica de todo lo producido en Francia en literatura, en política y en arte, como lo ha percibido con agudeza Américo Castro. En Lastarria convivían zonas de pensamiento muy dispares e incentivos que se polarizaban en ángulos divergentes de su actividad. Lo romántico en Lastarria no por difuso deja de percibirse en el instante en que siente como deber imperativo señalar la necesidad de ser original en literatura y capta, con nitidez, el sentido de lo americano. No encontró en lo hispánico, semejante a otros pensadores, un móvil extraordinario para encuadrar sus teorías, salvo en algunas preferencias de tipo retórico. En cambio, se empapó considerablemente en el derecho inglés y norteamericano y en determinados filósofos franceses de moda.

Como indica Oyarzún, en nuestro siglo XIX no van a interesar, en este suelo, sino aquellas concepciones susceptibles de ser incorporadas a los hechos, aquellas capaces de servir de guías en el proceso de construcción social. Idéntico drama palpitaba en otros pueblos y se captaba en diversas latitudes. En su soledad y aislamiento, Lastarria construyó un edificio doctrinario y sistemático, que exhibe aristas y desigualdades notables. Con desinterés notorio concibió la política y se consagró al servicio de su país. Pensaba que a las masas había que hacerles el bien, aunque se resistieran a ello.

También creía, como lo consigna Oyarzún, en el mito del progreso y estimaba que "el conocimiento progresivo del hombre acerca de sí mismo, provocaría una transformación en el mundo de la voluntad, una nueva orientación de la historia humana" (página 25).

Es valioso el capítulo del libro que comentamos que trata de

“La idea de humanidad”. Ahí se calibra bien el esfuerzo de Lastarria en el instante en que surgió su convicción de la necesidad de emancipar mentalmente a los hispanoamericanos. Heredero de una convicción inalterable en la perfectibilidad del hombre no se encuentra en su pensamiento ninguna fisura por donde se filtre la duda en su dogmática estructura.

“El hombre no está limitado al círculo de la vida presente, decía Lastarria, porque es inmortal, y la sociedad debe estar organizada de modo que le facilite las condiciones que puedan llevarlo al cumplimiento de su destino futuro”. Así razonaba el escritor en su *Derecho Público*.

En pocas partes se expresa con más claridad la carencia de matices en la conformación mental de Lastarria que en las líneas citadas.

El temperamento dominado por tantas preocupaciones superiores que encarnó Lastarria no estuvo ajeno tampoco al problema de Dios. Aquí Oyarzún desarrolla algunos de los aspectos más relevantes de su penetración crítica. Observa que desde su vago deísmo, el pensador chileno no participó en el universal proceso contra la religión revelada que la Ilustración había llevado a su cima. No, dice, la religión se le aparecía demasiado necesaria en cuanto poder de cohesión social, hábil sobre todo para dar consistencia y fuerza a esa moral universal que, aunque independiente de ella, sólo por ella alcanza su pleno vigor (página 37).

También Lastarria fué antiprovidencialista. Desde sus primeras obras destacó su creencia en que el hombre es absolutamente independiente de la Divinidad. Estima el agudo ensayista que fué consecuente consigo mismo Lastarria, al ir borrando progresivamente a Dios de su filosofía, hasta no dejarlo en sus últimas obras sino como una idea o imagen social que determina en la vida colectiva ciertos fenómenos que el político debe considerar con respeto, como manifestaciones que son de la libertad del hombre.

Conviene relieves también lo que añade Oyarzún en su análisis tan capital de estos ángulos del pensamiento de Lastarria. “Nunca desapareció en él del todo, sin embargo, la idea de que acaso pudiera

existir un Dios fuera del mundo, como el sustentáculo supremo de las leyes naturales. Tal idea, no obstante, apenas si figura en las obras de la madurez como una presunción remota, que admite sin desarrollarla detenidamente. Dejando a salvo ese rincón dubitativo de su pensamiento, Lastarria terminó siendo, por lo menos oficialmente, un incrédulo" (página 38).

El experimentalismo de Lastarria, resultado de las ideas que imperaban en su tiempo, lo condujo a construir una imagen del hombre equivocada. No se lo podemos criticar exageradamente porque sus conclusiones, son parecidas a las de todos los doctrinarios. En este libro se discrimina con acuidad el posible aspecto metafísico de Lastarria, que le reprochó Bello, y que él rechazó como algo incompatible con su temperamento. Pero es indudable que entre el Lastarria que leyó a Herder y el que descubrió a Comte, existe una diferencia substancial. En el último encontró su enorme egolatría un punto de apoyo para extender su concepción del mundo y de los hombres. La búsqueda de la perfectibilidad moral en los individuos lo impulsó a la necesidad de encontrar una llave maestra para que sus facultades se orientaran por ciertas normas y se dirigieran a metas precisas. Era indispensable entonces desenvolver la inteligencia, el sentimiento y la actividad a través del conocimiento, el amor y de la práctica de lo justo y de lo verdadero. Pero, ¿cuál era el medio de reconocer lo justo y verdadero en la existencia humana? Lastarria concebía que el estudio de la naturaleza humana y el descubrimiento de sus propiedades que son la libertad y la perfectibilidad resolvían el problema. Estima Oyarzún que Lastarria cayó en un círculo vicioso. "El crecimiento de las facultades humanas está regulado por la justicia y la verdad, pero éstas se identifican con todo lo que pueda favorecer este mismo crecimiento. La vida no tiene otro fin que la vida misma, diría tácitamente, adelantándose a los modernos pragmatistas" (páginas 41-42).

Más adelante se enriquece también la interpretación de Lastarria con un significativo aporte de Oyarzún: el descubrimiento que hace el pensador del positivismo. Este llegó tardíamente a la voracidad del lector que poseía Lastarria.

Compensó tal demora en frecuentar los escritos de Comte con su entusiasmo porque encontraba confirmadas en su sistema algunas de sus convicciones propias. Más adelante chocó frente a las consecuencias a que conducía la nueva escuela. Veamos cómo Oyarzún resume, con gran objetividad, uno de los aspectos más singulares de ese choque de ideas: "El pensamiento comtiano brotó principalmente del horror por la libertad más o menos vacía que había querido instaurar la Revolución. De ahí la demanda de un nuevo poder espiritual, cuya sola idea no podía menos que aterrorizar a Lastarria, que rechazó con vigor todo aquello que en el positivismo olía a dictadura de las conciencias y rígida coerción social, es decir, casi toda la política comtiana, lo que equivale a decir que rechazaba casi todo el comtismo. Podía aceptar, sin duda, la concepción comtiana de la ciencia, de la evolución histórica y de los fundamentos de la sociedad, más, cuando de la epistemología y de la filosofía social pasaba a la política, que era en Comte la coronación necesaria de las dos anteriores, retrocedía con espanto, sin comprender cómo esa gran filosofía podía transformarse de pronto en una nueva y execrable herejía en contra de los dogmas absolutos de la libertad y del auténtico progreso del hombre" (página 61).

El carácter libertario de Lastarria contrastaba notablemente con el de otros hispanoamericanos que hallaron en el positivismo un soporte para regímenes fuertes. No deja de ser sorprendente la lucidez con que el escritor chileno presintió el peligro de exprimir hasta sus últimas consecuencias una doctrina que en México sirvió para radicar el orden en la conciencia nacional y también en su organización social, como lo destacó Leopoldo Zea. Los teóricos denominados "científicos" apoyaron a Porfirio Díaz con la misma convicción, un tanto oportunista, con que en Venezuela se extrajeron fundamentos sociológicos de los métodos de Comte para justificar las demasías del poder dictatorial.

En el estudio de Oyarzún hay un extenso capítulo (el segundo) que trata del problema de la historia en Lastarria. Confirma la sutile-

za de su autor para reducir a síntesis complicados aspectos de nuestra evolución cultural.

Lastarria tuvo en su juventud una idea exagerada de la misión de la historia. La consideraba “el tabernáculo que encierra todo el esplendor de las civilizaciones que el tiempo ha despeñado, toda la sabiduría que contienen las grandes catástrofes del género humano”, “el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo, para aconsejar a los pueblos y enseñarles a procurarse un porvenir venturoso”. Abundaba, además, en esa época la convicción de que la historia era la maestra de la vida, corregía los vicios de los gobernantes, exaltaba el bien y la virtud y pronunciaba fallos definitivos, inapelables. Nuestros literatos, aún los mejor dotados, cultivaban el género con la seguridad de que sus libros entrañaban profundas lecciones políticas y morales. De este modo, don Miguel Luis Amunátegui lanzó su libro *La Dictadura de O'Higgins* apuntando a la imagen de apariencia impasible, de don Manuel Montt. O bien Sotomayor Valdés componía períodos impecables, teniendo a la vista los modelos rutilantes de Salustio y de Tito Livio.

Por fin, Diego Barros Arana preparaba el compacto material erudito de su formidable *Historia de Chile*.

Lastarria, en contraste, como observa Oyarzún, daba por conocida la descripción de los hechos particulares y no le interesaban los recuerdos halagüeños de acontecimientos y personajes de una pasada grandeza. Estimaba, además, que la historia debía estudiarse y escribirse, pero partiendo del ángulo de la capacidad del individuo para determinar su marcha. Se oponía a las que designaba como concepciones teológicas de la historia porque mediante éstas se eliminaba toda responsabilidad y se amputaba el progreso y la libertad. Y una ciencia que así hace a un lado lo esencial a la humanidad no puede ser la ciencia de la humanidad.

En el certero ensayo de Oyarzún se consigna, con justeza, el verdadero alcance de las polémicas sobre la historia entre Bello y Lastarria. Lastarria creía poseer la ciencia del destino humano, puesto que estimaba que sabía cuáles eran los elementos esenciales de la

naturaleza del hombre. Bello, al revés, aconsejaba emprender el conocimiento del pasado con métodos más cautelosos. Mientras el humanista venezolano recomendaba seguir el método inductivo, don José Victorino creía que la mentalidad nacional estaba ya propicia para hacer deducciones.

Oyarzún afronta, a estas alturas de su investigación crítica, el balance de los resultados que logró Lastarria en su ensayismo de tipo filosófico. ¿Qué era para él, a la postre, dice, la filosofía de la historia?

“¿Una disciplina cuidadosamente trabajada sobre el conocimiento de los hechos, una historia de la cultura, una ciencia de síntesis, una filosofía, una nueva explicación del hombre, producto de una larga y profunda meditación sobre acontecimientos, vivencias personales y sistemas? ¿El ensayo de una sociología general? No, sino una declaración de principios, una ética social confeccionada con los aportes de cierta historia, de cierta filosofía y de cierta sociología, y redactada para el uso de los americanos. En eso reside su singularidad entre los chilenos de su tiempo, pues fué el único que quiso fundar la acción política en una doctrina coherente, sobre una imagen del hombre, sobre una concepción de nuestra realidad y de nuestro destino” (páginas 88-89).

Queda otro ángulo oclusivo del pensamiento de Lastarria que habría que bucear con tacto: el del moralista que afrontó a la política y a los hombres de su época, al margen de todo oportunismo. Lastarria fué quizá el único, entre sus contemporáneos, que rehuyó la tentación de la autoridad y acomodó el rumbo de su existencia a principios metódicamente regulados. De ahí su impermeabilidad a las “impurezas de la realidad” y su fiero individualismo. El liberalismo, que enjuició tempranamente, no correspondía a una concepción claramente doctrinaria y obedecía, a menudo, a las manipulaciones de sus sucesivos caudillos personalistas. La oligarquía antigua, de índole pelucona, ensanchó sus bases en la segunda mitad del siglo XIX y acogió en su seno a los productos de una nueva época. No estaba

muerto el instinto político de las clases directoras de Chile y de su capacidad de conducción hubo todavía insignes pruebas por delante.

Lastarria no se entendió con otros grandes liberales, menos fieles a los principios, como fueron Federico Errázuriz y Domingo Santa María. Recelaba del primero por su pasajero acercamiento a los conservadores y su desconfianza a cierto tipo de doctrinarismo. Se distanció del segundo por la incompatibilidad de caracteres que había entre ambos y por ciertas polémicas destinadas, por fin, a enemistarlos. Lastarria designaba a Santa María con el apodo de *Casacuberta*, que fué el apellido de un renombrado actor rioplatense.

A Lastarria lo preocupaba el cambio de las costumbres políticas y de los hábitos cívicos de su patria. Las ideas —creía— dan su esencia y su forma a las costumbres. Otros acomodaban su pensamiento a las conveniencias del instante y olvidaban, con facilidad, los principios. Destaca Oyarzún la preocupación de don José Victorino por el progreso de la comunidad e ilustra con vigor ese aspecto de sus ideas. “El progreso consiste en el predominio de la humanidad sobre la animalidad”, decía Lastarria, lo que significa, según su crítico, el triunfo de la inteligencia sobre los instintos y sobre las resistencias del mundo circundante.

Este sincronismo intelectual se encuentra desde temprano entre los pensadores hispanoamericanos y es una de las consecuencias de la actitud que hizo común, entre nosotros, el siglo XVIII. Lo mismo la postura de Lastarria, derivada de Diderot, de hacer popular a la filosofía para que la sociedad, conducida por los pensadores, llegara a emanciparse (página 90).

No es menos interesante, en este volumen, la revisión emprendida por Oyarzún de las ideas políticas de Lastarria sobre Hispanoamérica. El pensador chileno veía en la Emancipación de estos pueblos una etapa promisoriosa de su destino y un gran avance en el camino de su liberación espiritual. De ahí que mirara con ingenuo optimismo hacia Estados Unidos y que creyera sinceramente en la bondad del modelo elegido. “Lastarria, observa Oyarzún, no conoció directamente a los Estados Unidos. Los libros jurídicos y políticos sobre el régimen

americano que leyó desde su juventud despertaron en él una admiración sin límites, que no siempre implicaba un conocimiento suficientemente profundo de la realidad del país cuyas leyes lo maravillaban" (página 105).

Quizá el ángulo crítico más consistente del ensayo que comentamos lo constituye la revisión del optimismo de Lastarria frente a la realidad americana. La educación de las masas, en que puso tanta fe el escritor nuestro, no alcanzó a modificar las condiciones culturales de las mismas. Además, el proceso rectificador de la realidad marchó con lentitud y la libertad, que se exhibía como panacea de todos los males colectivos, fué sacrificada al oportunismo de los caudillos y al apetito de poder de los ambiciosos criollos.

El panorama promisorio que tenía ante la vista Lastarria se ha transformado en este siglo en un verdadero páramo espiritual. En cuanto a su fe en los métodos políticos imperantes en los Estados Unidos ellos ocultaban insignes defectos y todo género de corrupciones derivadas del dominio plutocrático.

Oyarzún asigna menos importancia a la concepción del arte y la literatura que tuvo Lastarria. El capítulo cuarto consagrado a semejante materia es brevísimo y menos documentado que otros de tan valioso volumen. Nos parece, a simple vista, que carece de una calibración sistemática del impacto romántico en la sensibilidad de los contemporáneos de Lastarria y apenas destaca como hipótesis que esa escuela ejerciera atracción sobre ciertos sectores.

Echamos de menos en *El Pensamiento de Lastarria* un análisis más cabal y profundo de la acción rectora de tan fecundo escritor en el ambiente intelectual del siglo XIX. En cambio, en el capítulo quinto pone énfasis en las ideas educacionales de don José Victorino y las resume con precisión en estas líneas: "La sociedad tiene como fin, en última instancia, al individuo, y la educación debe perseguir igualmente la perfección moral de cada hombre, es decir, el desarrollo completo de sus facultades. Los pensamientos educacionales de Lastarria derivaban, pues, de su ideal humano, ese individuo plena y libremente desarrollado que sólo podría crecer en una nación organizada

bajo el imperio de instituciones liberales. La escuela contribuye a la purificación social, difundiendo nociones morales que rectifican las costumbres. No dejaba de reconocer nuestro pensador, sin embargo, que, más que los establecimientos escolares, es la comunidad misma “la gran escuela de la ciencia social y del patriotismo”. La educación sistemática tendría un valor desdeñable si no se acompañara de la reforma de las instituciones. Las leyes son, en rigor, la clave de todo progreso; la función de las escuelas, aunque importante, es secundaria” (página 134).

También avalora Luis Oyarzún las ideas económicas de Lastarria, con sus limitaciones doctrinarias y concluye su exégesis con un capítulo acerca de su mundo. El egocéntrico chileno consideraba que la civilización no es sino el resultado del progreso de las ideas. La reforma intelectual era, por consiguiente, algo previo a la reforma económica. Quizá Lastarria no concedió al problema social la importancia que le dieron otros de los pensadores contemporáneos influídos por el socialismo utopista. La reforma política y ciertas preocupaciones éticas absorbían sus mayores iniciativas mentales. No todas las conclusiones de Oyarzún corresponden a las premisas planteadas antes con métodos críticos rigurosos. Veamos como enfoca el valor y la permanencia, en nuestra época, de la obra literaria de uno de los más influyentes escritores chilenos. “Lastarria, que escribía bien, dice Oyarzún, sin duda, desde un punto de vista preceptivo, no poseyó ninguna de las dotes fundamentales que hacen al gran escritor, y carecía totalmente de la capacidad de ver lo vivo y singular de la vida” (página 152).

Nos parece exagerada semejante observación y creemos que de la profusa obra de Lastarria, en cuya superficie hay elementos inmóviles o rarificados por el tiempo, se podría obtener todavía una preciosa utilización. También es muy categórico Oyarzún cuando afirma lo siguiente: “Es curioso comprobar que de la obra de nuestros escritores del siglo XIX —varios de ellos tan fecundos— apenas si podríamos escoger algunas páginas de valor permanente” (página 156).

Tiene más razón cuando expresa que a la distancia aquellos publicistas, como Lastarria, Barros Arana, los Amunátegui y Errázuriz,

aparecen como desprovistos de intimidad. La razón es compleja, pero adversa al examen de móviles privados, de aspectos eróticos y al psicologismo en que son maestros los franceses. Alguien, no sé quién, expresó que España agotó sus reservas psicológicas en la literatura mística y que su amplio territorio absorbió todo lo confidencial que podía ofrecer la raza.

Descontando algunas afirmaciones demasiado dogmáticas de Oyarzún, temperamento de gran sensibilidad y armoniosa cultura, su libro es de los mejores que se han publicado últimamente en el campo ya propicio del ensayo nacional. La prosa de este escritor es muchas veces conceptuosa y su elegancia natural se adapta a las arduas materias de un estudio de la significación del que aquí se comenta. La efigie de Lastarria, algo gastada por el tiempo, ofrece un nuevo atractivo y su extensa producción de índole poligráfica, se condensa con gran poder sintético en las nutridas páginas de Oyarzún. Los especialistas podrán enmendarle la plana a este escritor que, a veces, exagera los rasgos, algo opacos, de nuestro siglo XIX, olvidando a otros valores que desafían al tiempo con sus creaciones. Pero por encima de los reparos que suscitará *El Pensamiento de Lastarria* es de esas obras que demuestran la madurez creciente del género ensayístico en Chile.

No es menos valiosa su contribución al esclarecimiento de la actitud mental de nuestra época frente a Lastarria y a sus epígonos en el terreno filosófico y literario de la pasada centuria. La acción del pensador chileno fué, a menudo, estimulante y abrió un surco imperecedero. La maestría, algo dogmática, de ese arquetipo parece algo alejada de nuestro modo de ser. Es increíble la significación que tuvo antes de que circunstancias imprevistas derribaran, en parte, los cimientos en que descansaba su prestigio. Los períodos exageradamente demoleedores, como el nuestro, suelen demostrar escaso respeto a las efigies rectoras de la nacionalidad. También se comprueba exiguo interés por repasar las páginas, algo amarillentas por la acción implacable de los años, de pensadores como Lastarria. Pero su irradiación de moralista, tan fuerte y tan eficiente, alcanza en este lapso

de la evolución social de Chile un interés insospechado. El intelectual moderno está menos sometido a normas directoras de la conciencia y el oportunismo suele deslustrar sus intervenciones en la cosa pública. La rigidez ética de Lastarria, su insobornable moralismo de raíz estoica, su inquietud constante por el destino patrio y su noble vigilancia no se desvirtúan a través de los años. Por esto la actualización de su mensaje en un libro ágil y bien escrito compensa con creces las zonas incomprensivas que más de alguno podría encontrar en *El Pensamiento de Lastarria*. Es un libro que, en adelante, todos consultarán con provecho y airea adecuadamente el escenario filosófico en que se movió el más sistemático de nuestros intelectuales del siglo XIX.—Ricardo A. Latcham.



“LA RACIONALIZACIÓN DE NUESTRA ENSEÑANZA”, de Julio Vega,
Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago

La Pedagogía adviene como una sedimentación de ciertos valores sociales y filosóficos puestos en juego. Cuando en los pueblos se establecen con rigor los puntos básicos de un sistema educativo, se recoge y se crea, al mismo tiempo, la preocupación del progreso, de una revisión humanística. Y todo ello está inspirado en un afán de múltiples facetas y compromisos: fijar con aproximación la imagen del hombre, integrar su vida, actualizar el porvenir. De esta forma, la Pedagogía se convierte en una ciencia de contenido propio.

Julio Vega, profesor de Sociología y Geografía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ha publicado una obra, fundamentada con solidez. Se titula *La Racionalización de nuestra Enseñanza*.

Entre sus ideas iniciales, quizás sea la de más valor la que dice: “El estudio sociológico sólo debe ser la sólida base en que poder fundamentar una política educacional”.